

Ι ΠΡΕΓΌΠ ΤΑΥΡΙΠΟ ΕΠ ΛΑ CÍUDAD DE VALLADOLID

FERΠΑΠDO FERΠΑΠDEZ ROMÁΠ

TEATRO ZORRILLA • 8 DE ABRIL DE 2010



Buenas tardes, excelentísimo señor Alcalde de la ciudad de Valladolid e ilustrísimo Sr. Presidente de la Diputación Provincial, ilustres miembros de las corporaciones locales y provinciales, representantes de la empresa taurina "Vallisoletana de Tauromaquia", aficionados y profesionales del mundo del toro, compañeros y amigos, señoras y señores:

Me van a permitir que, antes de enarbolar la corneta de latón que sirve de utensilio acústico a todo pregonero, y alertar con ella el inmediato mensaje que habré de comunicar a quien oírlo quisiere, mis primeras palabras sean de gratitud hacia un querido vallisoletano que, con las suyas, ha precedido y pregonado, a su vez, mi presencia en este escenario, y dejar constancia de que su laudatoria exposición viene encauzada –felizmente– por una corriente de mutuo afecto, descubierta y ensanchada en los círculos de la cotidiana vida madrileña, que nos son tan afines, y reforzada por ese vínculo inmaterial, pero indeleble, que supone compartir el gratificante título que tanto nos honra: el de haber nacido ambos

bajo el mismo cielo. Querido Enrique Cornejo, gracias por tus generosas y cariñosas palabras, y por permitirnos –a todos– disfrutar de este foro enojado y magnífico que sigue enarbolando con orgullo el nombre de otro paisano excepcional, insigne practicante del arte de rimar los elementos constitutivos de nuestro lenguaje.

Ciertamente, don José Zorrilla no fue un gran aficionado a las fiestas de toros que se celebraban en la España del tercer decenio del siglo XIX, pero, al menos, nos dejó, además de tal cual pincelada poética con toros en el ruedo, el legado de un certero axioma de geometría simple que define el toreo: *el toro es la horizontal y el diestro la vertical*, y su vida y su obra muestran un nexo, tan curioso como primordial, de indudable matiz taurino: dióse a conocer públicamente de forma inesperada, en el entierro de Mariano José de Larra, circunstancia esta última que, aunque fuera en el tenebroso escenario de un cementerio, no deja de tener la misma causa y efecto que las del "espontáneo" al lanzarse al ruedo en una plaza de toros: darse a conocer.





Permítanme, también, que por unos minutos deje reposar los argumentos principales que igualmente habrán de "darse a conocer" en este acto de pregonería, trazar un paréntesis en el tiempo y abrir un pequeño hueco, para alojar en él a la melancolía: aquí al lado, nada más trasponer las puertas de este teatro, se abre la Plaza Mayor; la plaza que deslumbrara mis ojos rurales e infantiles, tan ávidos de todo, en aquellos años en que la mano paternal me procuraba el cobijo de los soportales, antes de conducirme a la otra plaza de nuestros amores, la de los toros ¡Cómo recuerdo el estridente voleo de los mensajes que salían por la boca de un altavoz de doble cuerpo, instalado en la boca de un Citroën negro. Eran proclamas que invitaban a ir a los toros; reclamos lanzados por voces cavernosas y engoladas, en las pausas que atemperaban las notas agudas de "El Gato Montés"! ¡Cómo recuerdo la concentración en esta Plaza Mayor del contingente de individuos de los pueblos del alfoz, que llegaban a la ciudad por ferrocarril o acomodados en aquellos coches bautizados por la filosofía popular con dos nombres que siempre me parecieron emparentados con el sistema morse: de línea y de punto.

He tardado algunos años en comprender que ésta, nuestra Plaza Mayor, no solo era punto de encuentro de mercaderes y compradores, ociosos y laboriosos, residentes y caminantes, corazón de la ciudad en la que confluyen las arterias principales de su trazado urbano, sino también

palenque principal en el que se celebró durante siglos ese espectáculo ingénito en los españoles que consiste en enfrentarse al toro, merced a esa vocación ancestral, tan hispánica, por el sacrificio estoico, por hacer gala de arrojos que derivan en ufanías y galanteos o por ese inveterado afán de regocijarse públicamente.

La Plaza Mayor es, pues, la plaza de toros por excelencia. Por la excelencia de su emplazamiento, por la excelencia de su trazado, por la excelencia de su composición y, fundamentalmente, por ser pionera entre las de su clase. El lugar en el que hoy nos encontramos presenta su fachada principal a una parte del corredor porticado, que fue modelo de todas las plazas mayores del mundo. Este lugar, antes que teatro, fue sede del muy espacioso convento de San Francisco, adonde iban a parar buena parte de las carnes de los toros que morían unos pocos metros extramuros de sus piadosas estancias, con objeto, principalmente, de paliar la hambruna de los que cumplían penas de prisión, satisfaciendo así ese prurito benefactor, luego convertido en norma, merced al cual los máximos mandatarios del Reino justificaron y promocionaron durante siglos el espectáculo popular de las corridas de toros.

Antes que su trazado la convirtiera en molde para el futuro urbano de las ciudades, la Plaza Mayor de Valladolid no fue sino plazuela de mercado, bulliciosa, pero desordenada, lo cual

no obsta para que fuera acondicionada para albergar aquellas primigenias fiestas de toros del Medioevo, organizadas con el fin de que el pueblo se encandilara con la lidia feroz de alanceadores aristocráticos o con la menos frecuente –pero no menos feroz– participación de aguerridos “matoros”, los primeros toreros remunerados de la historia, un oficio considerado infamante en los tiempos de Alfonso X El Sabio, según se recoge en algunos párrafos de sus célebres Partidas: *“son enfiados los que lidian bestias bravas por dineros que les dan...”*, dicho esto como gesto innoble, villano o bastardo, ya que, en aquella época, la bizarría y el desprecio del peligro (el sacrificio estoico antes aludido) no parece que debieran percibir remuneración alguna.

En escenarios improvisados y musaras de urgencia, Valladolid festejó nacencias y casorios de la realeza con imponente fasto, desde el siglo XII hasta mediados del XVI. Los esponsales de supremos miembros de la dinastía goda, como los Alfonsos séptimo y undécimo; de príncipes, como el futuro Enrique IV; infantes; señores de la nobleza todopoderosa, bien aposentados en la Corte, y cualquier conmemoración eclesiástica, eran motivo bien justificado para la suelta del toro y justas y torneos entre caballeros, todo ello envuelto en la notable pompa cortesana y la estridente gritería del populacho.

Así eran las fiestas de toros en Valladolid, ciudad principal de la España no dominada por el

sarraceno. Fiestas ya entonces tomadas por bárbaras, merced a *“...las desgracias que ocasionaban los toros en el pueblo y a los caballeros en los torneos”*. Era esta última una disciplina de tal crudeza que fue calificada de *“feroz diversión”*. Si los toros se mataban a lanzazos, los caballeros, también. Y cuéntase que, a tal punto llegaron los desmanes y fue tanta la carnicería entre la nobleza, que las ordenanzas de los diferentes concejos eliminaron el torneo en su versión original, sustituyendo las lanzas punzantes y asesinas por cañas quebradizas y juguetonas. Nacieron de esta forma los *“juegos de cañas”*, que durante dos siglos se hermanaron con las fiestas de toros en el programa de festejos de grandes acontecimientos. (En este punto, me parece oportuno hacer la observación de que fue precisamente este cambio de armamento en los juegos cruentos de las plazas mayores, el justificante del dicho popular *“las lanzas se tornaron cañas”* y viceversa, en alusión a aquellas situaciones que se orientan de forma imprevista o cambian bruscamente de posición).

En obsequio a la brevedad, no he de hacer mención a otras citas cronológicas de las fiestas del citado porte; pero creo que la importancia taurina de la Plaza que colinda con el confortable recinto en el que nos hallamos, y su influencia en otras futuras y permanentes, bien merece la digresión del pregonero, a quien este acto le brinda la oportunidad de recalar en un tema que





delata la trascendencia de la ciudad de Valladolid en la gestación de la Tauromaquia.

Para ello, déjenme regresar a la gran Plaza, escalar hasta las buhardillas y utilizar su bocarón como lúdico púlpito o minarete desde el que pueda evocar, siquiera sucintamente, el impulso que cobraron las fiestas de toros y cómo fue su confinamiento en tan singular escenario.

La historia de Valladolid, de su principal plaza y de la tauromaquia en general, tiene marcado un punto de inflexión en el 21 de septiembre del año 1561. Aquel día de San Mateo, un incendio descomunal devoró el núcleo edificado más importante de la ciudad. Más de cuatrocientas casas, en su mayoría circundantes con la citada plazuela del mercado, fueron pasto de las llamas. El panorama llegó a ser desolador. Un paisaje sombrío de humo, cenizas y escombros parecía condenar a este valle de soles, de lides y de glorias a la ruina más absoluta. Sin embargo, el rey Felipe II (vallisoletano de nacimiento) ordenó levantar una ciudad nueva y bella, moderna y funcional, para lo cual encargó a los arquitectos y alarifes más notables del reino el diseño de su traza urbana, cosa que realizaron con evidente talento, al proyectar un núcleo de planta rectangular (casi cuadrada), cuyos lados fueran líneas de fachadas de casas que compartían un mismo patrón: una batería de soportales sobre los cuales se apoyaran tres alturas de viviendas, dotadas de balcones de hierro instalados "a compás", es

decir, formando simetría. Y, como elemento constructivo principal: el Consistorio o Casa del Regimiento, es decir, el edificio desde el cual se regía o gobernaba la ciudad.

Si ahora es una belleza, en la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII la Plaza Mayor de Valladolid debió de ser la admiración del mundo, quizá no tanto por su carácter monumental como por la funcionalidad y el encanto de su simpleza repetitiva. Madrid copió de inmediato el esquema, recreándose en el embellecimiento de unas fachadas que Salamanca convirtió en maravillosa escultura... y así sucesivamente, hasta llegar a las ciudades del Nuevo Mundo. Pero la de Valladolid fue pionera en todo, principalmente en su uso para la práctica del toreo a pie y a caballo. Les diré por qué:

En aquel tiempo (final del reinado del segundo Felipe y apogeo de los tercero y cuarto), Valladolid no sólo era una populosa urbe, sino sede de la Corte de las Españas, durante el primer lustro del XVII, lo cual hizo que su población inicial de 30.000 habitantes se duplicara con creces. Ya se sabe: el Poder principal conlleva su contingente de poderes accesorios y arrastra un aluvión que fertiliza la concentración gremial y la general expectación del pueblo, a veces más ocioso que productivo.

A instancias del primer gran valido de la Historia de España, el duque de Lerma, llega Felipe III a

Valladolid e instala aquí la Corte. El duque, tor-desillano de nacimiento, fue gran muñidor de los poderes públicos y notable capeador de la voluntad del monarca. Sabedor de las debilidades de este Felipe, le pone en suerte aquellos juegos y divertimentos por los que el rey muestra una gran afición: la caza y los toros. Le hace instalarse en el palacio de la plaza de San Pablo y le ofrece otro más en su finca particular, la huerta de la Ribera, comunicados ambos por un pasadizo trazado bajo las aguas del Pisuerga. Y le organiza corridas de toros por doquier, en la plaza de San Pablo, adonde llegaban las reses en encierro por la empinada Corredera del mismo nombre, hoy calle de las Angustias; en la de Santa Brígida, a espaldas del gran palacio real, donde Felipe III alojaba a un león que llegó a luchar con un toro (por eso se le llamó a esta plaza la de "los leones") y desde cuyas ventanas llegó a matar a arcabuzazos a un toro de excepcional bravura, y en la plaza especial que se habitó en ese coto de caza (y de poder) que el duque de Lerma puso a disposición de su "graciosa majestad": la huerta que acabó siendo escriturada a su real nombre (por el valor que el avisgado valido tasó y cobró), recibiendo por ello el nombre genérico y actual de Huerta del Rey.

No obstante, los palenques taurinos aludidos no tenían comparanza con el principal, el de la Plaza Mayor. Las fiestas de "toros y cañas" que en ella se celebraron fueron memorables, en

especial, la que se organizó con motivo del nacimiento en Valladolid del futuro Felipe IV. Con el balconaje adornado por tapicerías y brocados, las ventanas forradas de angeo, los huecos entre pilastras de los soportales cerrados con una celosía de postes de madera, las trece calles que abordaban el recinto tapadas con carros, talanqueras y tablados, la Plaza quedaba convertida en un colosal "corral de comedias", con su escenario cubierto de arena bien prensada y bien regada por cubas de agua. Se corrieron toros mañana y tarde, se tiraron fuegos de artificio y es fama que la fiesta fue de las más brillantes de cuantas se hallan recogidas en la historia de la villa. Sin lugar a dudas, en aquel tiempo Valladolid era, en asuntos taurinos, la capital del mundo.

Se abordan estas consideraciones previas para resaltar que lo importante, lo esencial, lo "nuclear" del asunto que nos compete es constatar el hecho de que este enclave geográfico no fue sino el útero fecundo en el que se alojó el embrión de lo que acabaría siendo un rasgo definidor del carácter de todo un pueblo: el que tomó definitivamente asiento en un país llamado España. Al menos durante tres décadas, Valladolid centró y concentró el toreo a pie y a caballo, porque disponía de los mejores escenarios y por la cercanía de los extensos herbazales (verdadero Campo Grande de la cabaña brava) en los que pastaban los bueyes bravucones y las vacas peleonas. Las llanadas de Rioseco, Mayorga, Villalón, Medina,





Benavente y otras más alejadas del ámbito mesetario, surtían de vacunos combativos a las fiestas de toros de la capital. Aquí, bien cerquita, entre Boecillo, Aldeamayor y La Pedraja, estaban –están, todavía– los ganados del Raso de Portillo, portadores que fueron del privilegio de romper plaza en los festejos reales. Fueron, también, los más preclaros representantes del “toro castellano”, temido por las figuras de la incipiente torería andante. Y es que hubo un tiempo en el que ser castellano (aunque fuera toro) era un rango.



Legados a este punto, y como el emplazamiento no puede ser más idóneo, pido la venia a la autoridad competente para aplicarme al asunto que me trae ante ustedes: la labor de pregonar a los vientos de Valladolid algunas cuestiones que son de general interés. Para ello, antes de publicar el contenido del recado que justifica esta comparecencia, haré uso de una corneta virtual, para tocar a rebato ante el delicado momento que atraviesa la fiesta de los toros, y de una imaginaria megafonía ambulante (como la recordada con nostalgia en el preámbulo de este Pregón), para anunciar los acontecimientos taurinos que se avecinan, mensajes ambos que deben tomar cuerpo definitivo precedidos por el grito de rigor:

Vallisoletanos:

Perdonad que no utilice el gentilicio en la doble versión de masculino y femenino, puesto en boga por avezados cazadores del voto popular. En nuestra rica lengua, el plural está inventado para agrupar conjuntos de personas, animales o cosas, sin que jamás ello fuera causa que indujera al menoscabo, arrumbamiento o marginalidad sexista de nada ni de nadie.

Vallisoletanos, pues:

He querido dejar patente cómo y cuándo la fiesta de los toros echó raíces en esta tierra fecunda, para después salir a la luz, abundantemente ramificada y conectada con otras áreas peninsulares, dentro de una España claramente definida territorialmente e identificada por afinidades taurinas en la práctica totalidad de su ámbito geográfico. No habré de caer en chauvinismos inocentes ni proselitismos fatuos, pero tampoco renunciaré a la evidencia de considerar a Valladolid como centro principal de la costumbre de correr y lidiar toros, para solaz aristocrático y regocijo popular. Esto es incuestionable. Nada ni nadie nos va a quitar ese prurito de preeminencia que nos otorga la Historia, con datos fehacientes y contrastados. Quizá por tal circunstancia, hace muchos años que Valladolid quedó prendida entre las redes de toros y toreros, y prendada de la belleza de un arte singular.

Plazas, corros o cosos, toros y toreros, abundaron en Valladolid. En cantidad y en calidad. Tampoco habré de hacer una recopilación estadística de escenarios, hierros ganaderos y matadores célebres (algunos de ellos integrantes de acreditadas dinastías), para soslayar el riesgo de involuntarias omisiones y porque el auditorio es bien consciente del aporte vallisoletano a la consolidación de la fiesta de los toros, ensanchando con ello la riqueza cultural y patrimonial de nuestro país.

Ahora bien: si por patrimonio se entiende el conjunto de bienes heredados, ¿qué fue de esa riqueza cultural de la cual somos todos legatarios? ¿En qué situación se encuentra?

Saben ustedes perfectamente que no soplan vientos favorables para la tauromaquia. La han entorpecido. La han encerrado en sede parlamentaria, sin otra intención que desactivarla con una puntilla cuya hoja llevan afilando durante años la intransigencia, la incomprensión y, en este caso, el palurdo sectarismo de una clase política –cierto “catalanismo”– empecinada en desanudar cualquier lazo que la pueda identificar con el resto de España. ¿Qué mejor seña de identidad española que el toro y el toreo? ¿En qué otro espectáculo del mundo se iza la bandera del país para señalar su celebración? ¿Qué mejor diana para tirar el dardo de trasnochadas reivindicaciones? La excusa –tomada de otros colectivos belicosos e ignorantes, pero de persistente actividad– es tan hipócrita como pueril:

denuncia de la crueldad y el maltrato animal. Es hipócrita porque esconde el verdadero fin que se persigue (“hacer cacharros” con España); y es pueril porque carece de basamentos sólidos para su apuntalamiento, a no ser los manidos y cansinos cencerreos de la sangre y la tortura.

No me plugue desplegar ahora el ingente cuestionario que rebate el argumentario antitaurino. En este sentido, en el favorable a nuestra fiesta, desde la tribuna del Parlamento catalán se han producido algunas –pocas– felices intervenciones. No me peta bombardear los lugares comunes en los que se atrinchera esa pléyade arrogante de supuestos protectores de derechos y valores con la munición expansiva y demoledora de la evidencia cultural de aquello que vituperan y desprecian. No lo entenderían, y sucumbirían encasquetados en la sensiblería –que no sensibilidad– o amarrados a la mochila de su propia ignorancia. No lo entenderían, precisamente, porque carecen de capacidad para percibir la esencia de la almendra del arte del toreo y se quedarían con la amarga aridez de su cáscara. Decía Bergamín que “el entendimiento del toreo es consecuencia de una limpia y fina sensibilidad. Sin sensibilidad o percepción sensible, no hay entendimiento de ningún arte ni juego... y el entendimiento no acepta ni rechaza nada, sino sencillamente lo evidencia y verifica”.

No habré de pasar lista a la ingente nómina de intelectuales y artistas que han tirado el corcho





de su estro en el caladero de la Fiesta, ni haré bandera del bien inapreciable que representa la crianza de un ejemplar del reino animal único en el mundo, en un ecosistema privilegiado y extensivo, a cuya placidez puede regresar por la vía del indulto, tras mostrar la excepcionalidad de los rasgos esenciales de su carácter, gozosa circunstancia universalmente negada al resto de los individuos de su especie, condenados desde la más temprana edad al balazo fulminante en el matadero. Las evidencias no precisan explicaciones.

No malgastaré el tiempo en contraatacar las embestidas mansurronas de argumentos finitos, por rudimentarios, o equívocos y farisaicos planteamientos. No voy a defender la fiesta de los toros. ¿De qué habría que defenderla? ¿Qué delito, supuestamente, ha cometido?

Si haré, no obstante, un ejercicio de exaltación de su grandeza, de su insuperable expresión artística, de su profundo enraizamiento en la cultura popular.

Para que no se confunda la exaltación con la hagiografía, es obligado advertir que los rudimentos abruptos de la primigenia de la tauromaquia no fueron sino antorchas embreadas, alumbradoras del advenimiento de la obra de arte excepcional que hoy conocemos y disfrutamos, y que todo alumbramiento de lo que habrá de tener vida propia es doloroso por naturaleza,

por muy avanzada y eficaz que sea la analgesia administrada en el momento crítico. En la existencia de los seres vivos siempre, siempre, siempre, habrá momentos traumáticos en los que aparezca, más o menos veladamente, esa punzada de la crueldad que nos aboca al sufrimiento. La felicidad completa es una utopía. Solo existiría si alguien pudiera poner en práctica la teoría de la mística, cosa que entra en el terreno inaprehensible de la espiritualidad y, por tanto, está fuera del alcance de los mortales.

Conscientes de esta situación inapelable, el arte y la cultura años ha que se dieron la mano para consumir un estrecho maridaje en ese campo de Agramante que es el toreo.

El arte, por definición, es una actividad reservada a los humanos, mediante la cual se expresa una visión de lo real o imaginado, a través de una interpretación personal que, generalmente, va en pos de la belleza. Puede que sea ambigua la definición, pero no hay otra, o al menos no la han encontrado los más preclaros filósofos o pensadores de la historia de la Humanidad. Para la creación de la obra arte, todos sus intérpretes disponen de tiempos no acotados y soportes estáticos y perecederos: el papel en blanco del escritor, el bloque de mármol del escultor, el lienzo del pintor..., son soportes todos ellos susceptibles del rebujo o destrucción si la obra no colma el deseo del artista o no responde a un resultado previamente concebido.

En el toreo, no. En este caso, el torero (el artista) se enfrenta a un único soporte, un elemento dinámico e imprevisible que no sólo es ajeno a la propia obra, sino que, además, está empeñado en destruirla. En esta tesitura se encuentra el hombre frente al toro. En ese patético momento, el torero debe desplegar un complejo sistema vectorial cuyas componentes sean orden, destreza, sutileza, talento, técnica, ciencia, inspiración... y valor, naturalmente, para que la resultante sea un arte bello. Y todo eso, en unos pocos minutos, a una hora determinada. Decía Picasso que lo importante para el artista es que la inspiración le pille trabajando. En el caso del torero, debe llegar a las cinco de la tarde, ante toros diferentes y en todos los días de corrida.

En base a estos enunciados, ¿puede considerarse arte a la acción de torear, es decir, de zafarse el hombre de un irrefrenable e irracional instinto destructivo mediante secuencias de ritmos al servicio de la estética? Es muy probable que cualesquiera de los grandes pensadores de cualquier época, no solo aplicaría sin dudar tan preciada titulación a este insólito ejercicio, sino que lo incluiría en el catálogo de las "bellas artes". No puede haber ubicación más razonable para la apuesta de la vida con belleza de formas, comunicando un sentimiento a través de un acto único e irrepetible, sin boceto previo, con resultado inapelable. ¿Qué otro arte puede reunir tal cúmulo de valores? ¿Cuál de todos ellos puede

ofrecerlos, reunidos, con tan deslumbrante fugacidad? El último gran filósofo español, José Ortega y Gasset así lo asumió, encontrando para el toreo esta contundente definición: "*Torear es dominar al animal, pero es también, y a la vez, una danza, la danza ante la muerte, se entiende ante la propia*". Es de suponer que el Estado español, también entiende que esta danza es una de las Bellas Artes, al reconocerlo "de facto" con la Medalla que concede cada año a las gentes del toro, a través del Ministerio de Cultura.

Hablemos de cultura, pues.

La cultura no es sino el conjunto de conocimientos que nos permiten juzgar, valorar o discernir el valor de los hechos y las cosas; en nuestro caso, su derivación hacia la "cultura popular", instala de lleno a la fiesta de los toros entre las manifestaciones en que se expresa la vida tradicional de un pueblo. Un pueblo, como el español, que ha hecho de ese tótem de la civilización mediterránea (la única válida que hasta hoy ha conocido la humanidad, según José María de Cossio, quizá porque, en palabras de Germán Arciniegas, todo lo que se acerca a la costa de este mar "queda tocado de manos azules"), de este símbolo de poder y fecundidad que es el toro bravo, una seña de identidad intransferible, y de los hombres que ante él ponen la vida en un albur unos heroicos artistas, no puede consentir que tan abundosa y cara riqueza patrimonial sea zaherida y vilipendiada por un refinamiento social mal entendido o una ignorancia disfrazada de progresismo.





No obstante, puede que la Tauromaquia deba aprovechar estas corrientes de negativismo que la hostigan para ajustar sus organigramas, revisar su reglamentación y adecuar su puesta en escena a los tiempos que vivimos. Nada es eterno. Todo (el toreo, por supuesto, también) reclama un proceso evolutivo. Puede que sea provechoso este "arreón antitaurino" para poner en orden otras cosas, entre ellas las que atañen a sus sectores más significativos.

Pónganse ya de una vez las pilas los toreros y despierten de esa abulia o desidia que les ha marginado históricamente de las grandes cuestiones de la Fiesta. Tomen cartas en los asuntos esenciales y ejerzan su liderazgo, su condición de factores decisivos, imprescindibles.

Tomen conciencia los ganaderos de que manejan la materia viva básica esta fiesta, el motor que genera su componente esencial: la emoción; y que quien primero ha de poner esa emoción es el toro. El toro de lidia no puede ser "bueno", sino bravo, ni "flojo", sino fuerte, ni "agradable", sino serio.

Tomen posiciones los empresarios dentro del sector que estrictamente les compete y ofrezcan un espectáculo digno, bello y auténtico, respe-

tando esa norma elemental que obliga a atender las exigencias de quien está facultado para ejercerlas: su clientela, el público.

Porque si así no fuere, irá en aumento la actitud de permanente erosión y destrucción de los valores antes apuntados, con la que nos llevan torturando durante años unos colectivos cada vez más agresivos y numerosos y, lo que es más importante, darán argumentos para que desde los medios de comunicación persista ese mensaje de negativismo interno que ha derivado en una descalificación global de cuanto sucede en los ruedos, procreando un clima de desconfianza y rechazo en las nuevas generaciones, un desencanche progresivo de la juventud al banderín de la fiesta de los toros, cuyo viaje de retorno se antoja largo y complicado.



En la confianza de que sean tenidas en cuenta estas últimas cuestiones, me complace anunciar la inminente llegada de una feria taurina a Valladolid, los días 13, 15 y 16 del próximo mes de mayo, organizada por la empresa VAL-TAURO y auspiciada por el Ayuntamiento: la que lleva el marchamo de San Pedro Regalado, patrono de la ciudad y de los toreros. Un ciclo breve, pero intenso, en el que se darán cita algunas de nuestras figuras del

toreo más rutilantes, como Morante de la Puebla, El Fandi, Manzanares y Cayetano, junto a dos vallisoletanos de valía contrastada, David Luguillano y Leandro, aquél, en la gozosa conmemoración de su alternativa veinteañera, y éste, en plena ascensión hacia el muy alto lugar que le tienen reservado sus excepcionales cualidades. En medio, los jóvenes aspirantes al estrellato taurino (Juan del Álamo y Jorge Escudero) y la nueva intervención del mejor de nuestros caballeros en plaza, Sergio Vegas. Preparados están en campos de Salamanca y de Medina Sidonia, los toros de García Jiménez y de San Mateo y los novillos de María del Carmen Camacho.

Con este anuncio fina aquí mi condición deregonero; pero, aún consciente de que quizá haya rebasado las funciones propias del cargo y del encargo, me permito volver a vindicar a Valladolid, a sus plazas mayores y de toros y al dilatado historial taurino de la ciudad y su provincia, como los eslabones que encabezaron la larga cadena de la Tauromaquia. Y para completar la abundancia de argumentos que avalan la solidez de la unión de unos hechos lúdicos e históricos, acaecidos en este enclave de la alta meseta de nuestra España, he querido extraer unos párrafos de la prolífica obra literaria de Ramón Pérez de Ayala:

El nacimiento de la Fiesta, coincide con el nacimiento de la nacionalidad española y con la

lengua de Castilla... así, pues, las corridas de toros ... son una cosa tan nuestra, tan obligada por la naturaleza y la historia como el habla que hablamos.

Apoyándome en tan certero aserto, y como respuesta a otras sentencias contrarias, ampulosamente publicitadas, me permito pedirle al señor Alcalde que, en la medida que cumpla las normas legislativas y administrativas y los protocolos de rigor, presente una moción mediante la cual se declare a Valladolid "Ciudad Taurina".

Nuestra Historia y nuestra conciencia, así lo demandan.

Feliz noche y feliz feria de San Pedro Regalado.



FERNANDO FERNÁNDEZ ROMÁN
Valladolid, 8 de abril de 2010





Ayuntamiento de Valladolid